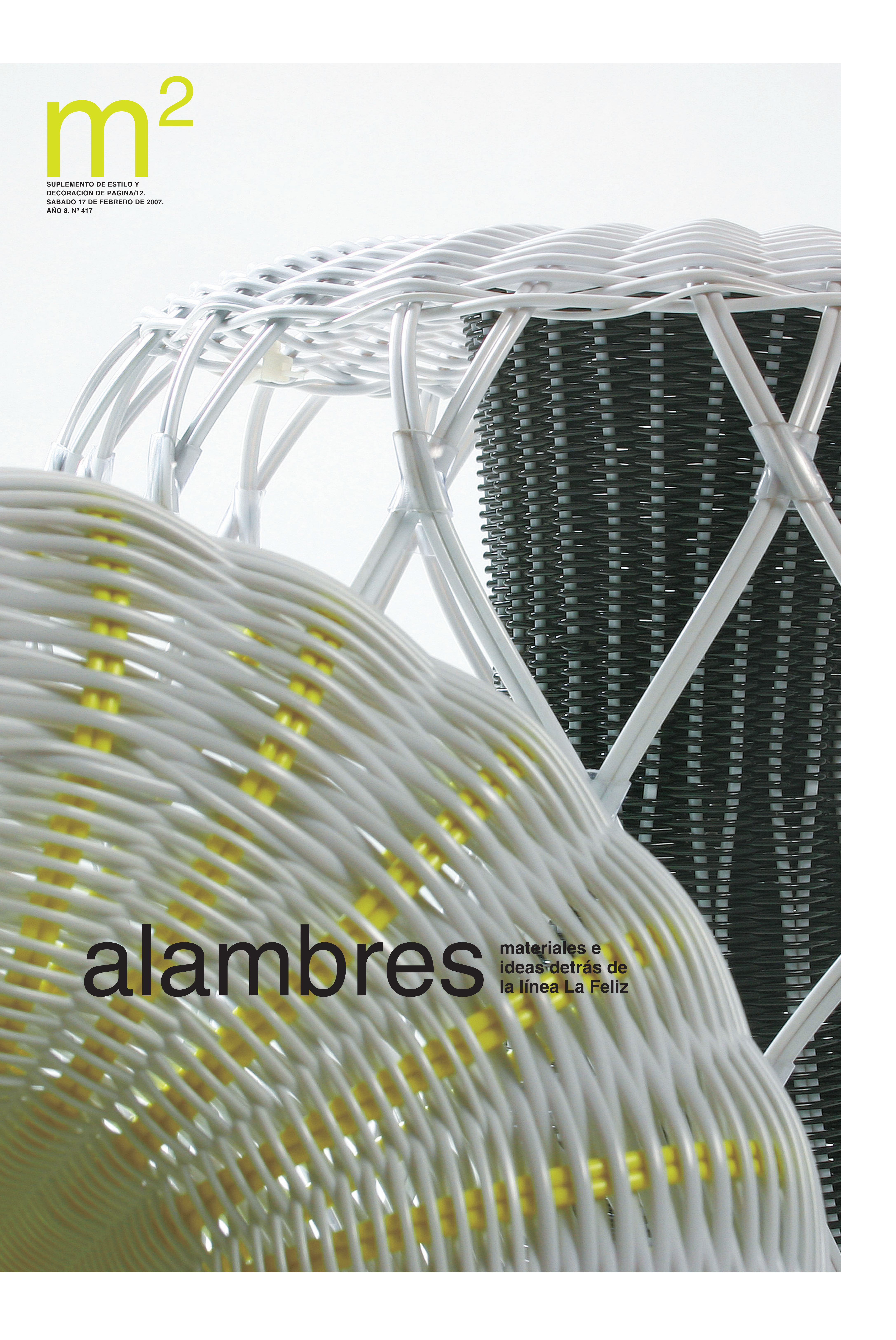

m²
SUPLEMENTO DE ESTILO Y
DECORACION DE PAGINA/12.
SABADO 17 DE FEBRERO DE 2007.
AÑO 8. Nº 417
alambres
materiales e
ideas detrás de
la línea La Feliz

De las plazas a las casas

POR MATIAS GIGLI

Hasta hace unas pocas semanas el tema de las plazas de la ciudad estaba en vidriera y era la niña bonita del momento. Luego de pasar el verano con un inusual número vallado y en obra, el broche de oro fue el rediseño de la Plaza de Mayo, que barría con la historia reciente de la ciudad. Esta plaza, se argumentó, no guarda una línea estilística pura ni académicamente clasificable –ya no es la que diseñó Thais ni la colonial, y mantiene las modificaciones del período Cacciatore–. Todo verdadero. Pero, ¿alcanza para extender una licencia para la demolición? Lo curioso es que simplemente hace falta restringir el tránsito e integrar el área, consolidando un sector peatonal en el centro de la ciudad, que es necesario. Luego de las resistencias provocadas, vaya a saber cuánto tiempo se requerirá para cajonear el proyecto y poder seguir adelante con un nuevo rumbo.

Todo esto bajó de cartelera y se instauró en la ciudad el tema de la vivienda social. Bastó un incendio para que se cubriera un tema que históricamente se resuelve con parches, sin políticas de mediano o largo plazo. ¿Cuantas veces desde la SCA se planteó la necesidad de instaurar el tema con una mirada crítica y seria? Pero en las secretarías de la ciudad, ahora “ministerios”, existen temas más marketineros que otros y por supuesto es más agradable pensar en los nuevos solados del microcentro que en planteos teórico-prácticos vinculados con la disyuntiva de reurbanizar o relocalizar las villas porteñas.

Temas para debatir los hay y muchos sobre Buenos Aires. Si la ciudad deja los bajo-autopistas vacantes y simplemente los cerca a la espera de una nueva concesión para canchas, lo más probable es que se urbanicen solos con nuevos asentamientos precarios y nuevos problemas a futuro. ¿Tan difícil es abrir el juego y poner sobre la mesa las áreas de alto contenido de conflictibilidad? Si no se debaten estos temas saldrán a luz de la peor manera. Y las soluciones vendrán, como ahora se quieren resolver las vinculadas con la falta de vivienda: promesas que no se cumplirán, con tiempos y metas tomados a la ligera con funcionarios que salen a prometer que construirán equis casas en un par de meses, todo esto con el riesgo cierto de una guerra entre vecinos, televisada en directo. En torno de cada fracción vacante de la ciudad existen vecinos preocupados por su destino. Basta el ejemplo de la Casa Amarilla en La Boca, o el de la traza de la ex AU3. Faltan definiciones ciertas. La ciudad espera.

La Feliz es una novedosa línea de muebles, luminarias y objetos que emplea la técnica del mimbre al servicio de un nuevo material, trabajándolo de forma estructural. El resultado
plástico al que sus crea
plástico acerado.

Atado

POR LUJAN CAMBARIERE

Innovación e identidad son las dos aspiraciones en alza en el diseño, que generalmente se consiguen a través de una nueva forma, función, técnica o material. Aunque también se puede dar a través de la articulación de alguno de estos factores que juntos se vuelven inéditos. Tal el caso de la colección La Feliz, de Patricio Lix Klett y Federico Churba, que usaron la tradicional técnica del mimbre en un material poco convencional para el diseño pero común en el agro como es el alambre plástico, para trabajarlo de forma estructural y así crear una ingeniosa línea de muebles, luminarias y objetos. La textura abandona su antigua función de revestir, cobra protagonismo y caracteriza sus piezas. ¿El plus que no falla? Cierto déjà vu, para muchos con reminiscencias de la infancia. O quién no recuerda el sillón Mar del Plata coronando galerías o, mejor dicho, los jardines de invierno de las casas de veraneo de la Costa Atlántica o casas-quinta previas a la era barrio cerrado. Eso, sumado a las virtudes del material –es ignífugo, resistente a los rayos UV, flexible, viene en varios colores fosforescentes que el tiempo no desgasta (amarillos, verdes, naranjas), y las simpáticas formas que dan vida a pufs, lámparas, mesas, sillas, revisteros, cestos, paragüeros, maceteros, estantes, cajas y bandejas– vuelven de lo más tentadora y original la apuesta.

Pareja feliz

A Churba, diseñador industrial, lo conocemos por su estirpe design (tíos, padres, primos, hermanos) y a través de su paso por la etiqueta *Perfectos Dragones*, donde desarrolló varias líneas de objetos. Lix Klett, también industrial, con master en innovación en producto en la Universidad de Helsinki (UIAH), Finlandia, y paso por la empresa *Tramando* (de Martín Churba, primo de Federico), es quien se encarga de aclarar que el primer affaire lo tuvieron en la facultad. Compartían salidas y amigos y se decidieron a lanzar una línea de posavasos experimentando formas de coloración del caucho, previas a las formitas de geles de siliconas que inundaron el mercado. Tuvo que pasar algún tiempo hasta que la vida profesional los volviera a juntar. Churba dejó a los Dragones y Lix Klett volvió de Finlandia. Un encargo de un cliente que comercializa productos en Estados Unidos los llevó a desarrollar una línea muy exitosa, las alfombras *Yerra*, que fue de algún modo lo que volvió a augurar la buena vibra de la dupla. Y se decidieron a formalizar el vínculo para encarar nuevas apuestas como esta reciente colección de mobiliario y objetos a la que de algún modo llegan de forma azarosa pero no por eso menos contundente. “Para muchos el mundo es uno solo. Las sillas son cuadradas y las mesas son redondas. En el mundo de los oficios, el pensamiento existe en las manos; las manos fabrican el mundo: la doble curvatura y la textura están al alcance. Para nosotros el mundo es siempre diferente. Las sillas y las mesas son de mimbre plástico y el resto está aún por inventarse”, adelantan.

–¿Cómo arrancan con *La Feliz*?

Churba –Nos interesa el desarrollo de producto y siempre estaba en la mira la posibilidad de trabajar sin depender absolutamente de un cliente. La meta de lanzar una línea propia que pudiéramos diseñar y producir nosotros. Así que siempre estábamos alertas a la caza de nuevos materiales o procesos.

Lix –Queríamos hacer muebles. Esa era una certeza. Y la textura fue algo que nos atrajo desde siempre. No como un revestimiento, sino como estructurante. Que tuviera una función que no fuese decorativa. Habíamos trabajado con mimbre pero no estábamos convencidos, hasta que de repente apareció el material.



–¿Dónde?

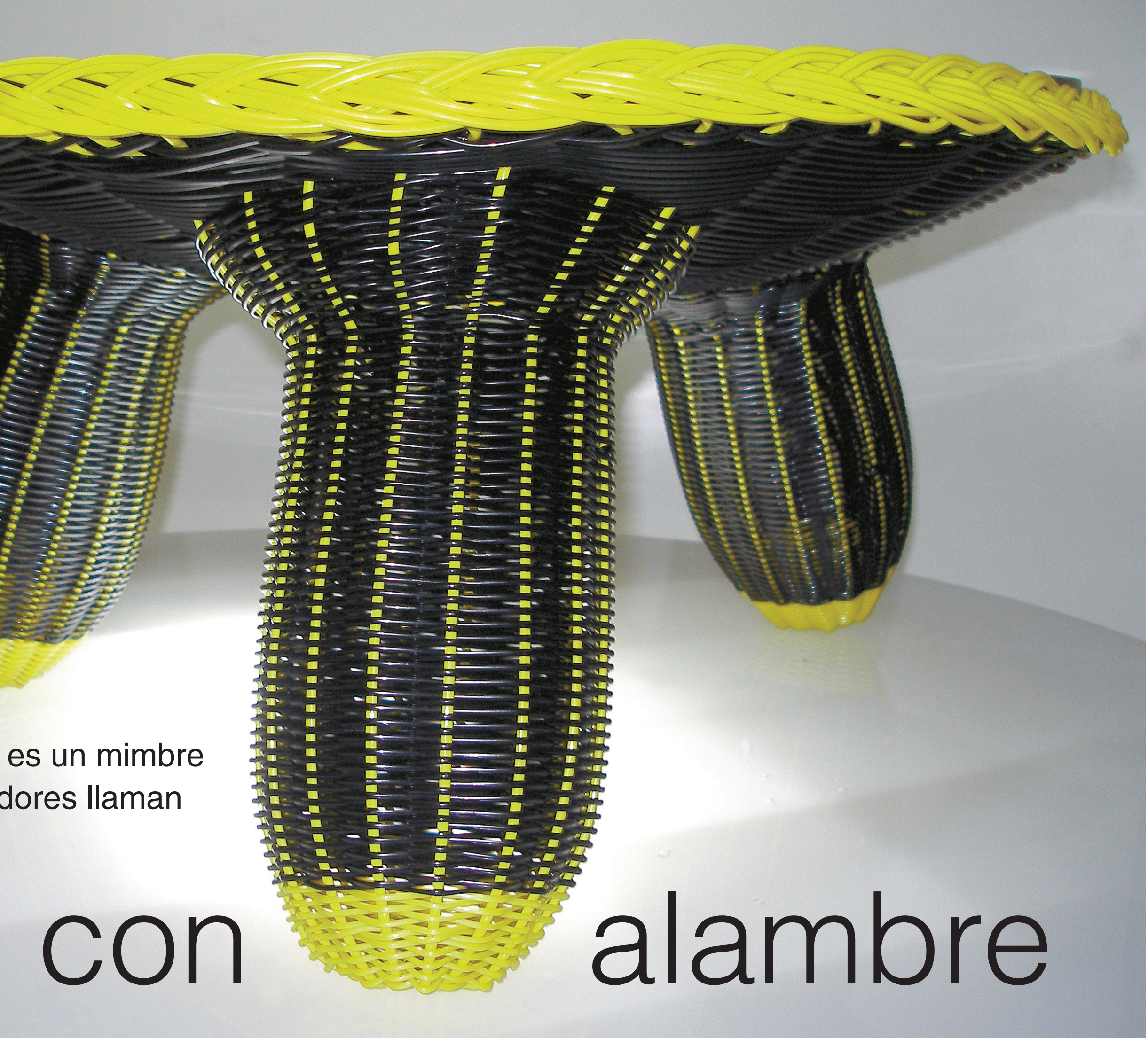
L. –En una góndola en el centro. En un negocio de materiales plásticos.

Ch. –El material es un alambre plástico, no revestido, ovoidal, para que se pueda atar. Es un sustituto del metálico y se usa principalmente en el campo para todo lo que es alambrado a la intemperie.

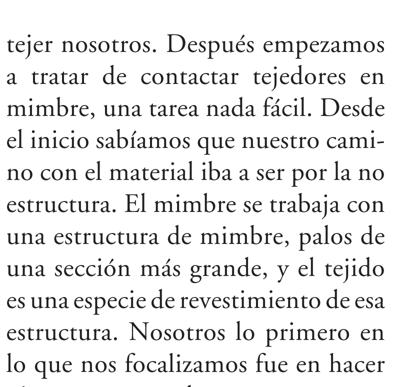
L. –Lo trajimos y lo empezamos a




Variantes del alambre, en luminarias y asientos. El material resulta particularmente interesante a los diseñadores por sus posibilidades estructurales trabajado como si fuera un mimbre.







tejer nosotros. Después empezamos a tratar de contactar tejedores en mimbre, una tarea nada fácil. Desde el inicio sabíamos que nuestro camino con el material iba a ser por la no estructura. El mimbre se trabaja con una estructura de mimbre, palos de una sección más grande, y el tejido es una especie de revestimiento de esa estructura. Nosotros lo primero en lo que nos focalizamos fue en hacer piezas estructurales, autoportantes, para conseguir esa estructura a través del tejido y la forma.

–¿Por qué el mimbre no suele trabajarse de ese modo?

L. –Porque te limita más. Por todo el movimiento que tiene la pieza. Aunque si lo lográs, es de un enorme potencial.

Ch. –Primero pensamos en hacer muebles de exterior. Investigamos un poco y vimos que existen en mimbre sintético y otras fibras sintéticas. Entonces quisimos diferenciarnos y la idea de la no estructura, además de interesarnos, era un diferencial. Con el mimbre uno arma la estructura de mimbrón (varas más gruesas) y luego reviste. Esto es una sola cosa: estructura y superficie. Como diseñadores industriales, hicimos otra búsqueda: en este caso armar estructuras autoportantes con este alambre.

–¿Cuál valoran como la máxima innovación?

Ch. –Tiene que ver con la génesis del proyecto. Tenemos un material inusual para el diseño de producto porque se usa en el campo y una técnica tradicional con una búsqueda estructural. La gracia está en la reinterpretación de estas cosas basadas en piezas diseñadas por nosotros.

L. –Vale aclarar que, imponiéndonos estas reglas, no hacemos lo que queremos sino lo que nos deja el material.

Ch. –Empezamos con directrices y las generatrices, la forma tradicional del tejido, cuando no pensábamos aún en productos sino en desarrollar la tecnología y los vínculos. Después comenzamos a ver qué pasaba entrecruzando el material. Cruces o triángulos como para descomponer la fuerza. Otras mallas con líneas que cruzan. Y después otras formas de vínculos, como las del clásico alambrado de campo. Queríamos generar lenguajes y recién ahí empezar las bajadas a producto.

–¿Cuál fue el primer producto?

Ch. –El puf. Y la verdad fue una movida ambiciosa porque empezamos en abril y nos propusimos presentar toda una línea completa de productos para octubre. Diseñarlos, producirlos, testearlos y hacer el lanzamiento. Después llegaron los canastos, lámparas, mesitas, revisteros.

–¿El nombre?

L. –Desde la primera búsqueda siempre soñábamos con lo que era la silla Mar del Plata, el sillón. Y hasta queríamos hacer las fotos de la colección con ese entorno. Pero en el apuro llegamos a Chascomús. Nos gustaba esa atmósfera porque el mimbre tuvo ahí su época de esplendor. O también en el jardín de invierno de la quinta. Y ésa era la meta. Lograr la gran pieza tejida. *La Feliz* sonaba en nuestras cabezas.

–¿Qué propiedades tiene el alambre plástico?

L. –Le decimos plástico acerado. Por su sensación al tacto y porque reemplaza al acero. Es súper resistente y a la vez flexible. No le decimos mimbre plástico, ya que el nuestro es un concepto que lo redondea más. Es suave, resistente, ignífugo, se puede fabricar en cualquier color. Tenemos la intención de investigar el tema tinturas y a partir de ahí que nazcan otras piezas.

–¿Es la gran meta, cuando se diseña, la innovación?

L. –Cuando uno diseña siempre innova, o por lo menos lo intenta. Si lo que hace no tiene un grado de novedad, no tiene mucho sentido. Si no podés hacer un aporte determinado. Además, para mí la innovación es lo que te permite alejarte de un commodity. Es una carta de habilitación para hacer algo donde vos elegís sobre qué variable trabajar.

–¿Y la identidad?

L. –Me cuesta bastante pensarlo desde ahí. Hoy yo veo todo como más individual. Hoy hay personas y hay visiones. Es difícil pensar en una unidad. La tecnología era cercana al alcance y tal vez eso sí dé cuenta de cierta identidad a la hora de trabajar acá.

Ch. –Pero es cierto que también al hablar de mimbre, del campo, de la vaca, no hay dudas de que la colección tiene cierta cosa local. Y de hecho, a nosotros, lo mejor que nos pasó fue tenerlo al tejedor trabajando acá, en nuestro estudio-taller. El pertenece a un polo de artesanos que hay en Benavídez. Un tipo bárbaro del que aprendimos muchísimo, que se reinventa a sí mismo y hoy es feliz de poder trabajar desde esta nueva posibilidad.



CAL Y ARENA

Errores y horrores
Por un error de edición, en el último número de este suplemento fue publicada la nota “En el laboratorio” sin su firma. El texto corresponde, por supuesto, a nuestro columnista Jorge Tartarini.

Monumento
Molinos Tarquini donó el revestimiento para un monumento original, la escultura *El Ojo del Tiempo*, de Pérez Celis, que acaba de inaugurarse en la Villa de Merlo, San Luis. La obra tiene 23 metros de altura y une dos enormes relojes de sol que dan el tiempo real, gracias al ajuste matemático del científico Jaime García. Tarquini donó el revestimiento acrílico de las tres grandes patas del monumento y el cementicio de la base.

Historias
El 30 y 31 de agosto y el primer día de septiembre se realiza en la Universidad Torcuato Di Tella el primer seminario internacional sobre historia, ciudad y arquitectura en América, en el siglo XVIII. Organizado por la UTDT y la UNLP, y auspiciado por el Conicet y la embajada española, el seminario tendrá cuatro sesiones de conferencias y tres simposios–taller sobre el impacto de las reformas ilustradas, los orígenes del urbanismo moderno, la modernización de la construcción y la reformulación del lenguaje clásico. El seminario es gratuito, se pueden presentar papers y es necesario registrarse llamando al 4783-8654 o escribiendo al *interseminarxviii@utdt.edu*

Las tiendas
El Museo de la Ciudad mantiene la muestra Tiendas y Negocios, y todo lo que allí se vendía, que funciona como una recorrida de ese estilo de *merchandising* casi perdido entre nosotros, el que tuvo como símbolo a Harrods. En Defensa 219, todos los días de 11 a 19.

Posgrado
Ya va terminando el plazo de inscripción para la carrera de Restauración de Edificaciones Históricas en la UCA. El formato es de quince seminarios y un taller en tres cuatrimestres a partir de marzo de 2007 y 150 horas de laboratorio en el cuarto cuatrimestre. Dirige el master en restauración Marcelo Magadán. Informes e inscripción en Alicia Moreau de Justo 1500, 4338-0756/7/8, *posinge@uca.edu.ar*

Para comunicarse con metro cuadrado:

metro2@pagina12.com.ar

El proyecto de once edificios de 17 pisos en los terrenos del Albergue Warnes tiene enojados a los vecinos. Que reciben solidaridad de los también preocupados vecinos de Agronomía. Y todos siguen el ejemplo de Caballito-Flores. Un debate que aumenta y nadie atiende realmente.

Otra discusión por las torres

POR SERGIO KIERNAN

Para nuestra desgracia general, hay sólo dos maneras en que se hablan los temas a largo plazo de la ciudad. Una es la enrarecida pero necesaria de los profesionales, que resulta en planos urbanísticos muy bonitos, palabras polisilábicas y un abanico de posibles soluciones a posibles problemas. Por desgracia, los problemas de una ciudad son eminentemente políticos, no técnicos, con lo que caemos en el segundo nivel de debate. Y allí el silencio es enorme: Buenos Aires anda a los tumbos con un código que permite cosas que sus pobladores rechazan con vehemencia y son raras las políticas públicas que le cierren a alguien, como el programa de extensión de los subtes.

El tema viene a cuento por la cuestión de las torres, que fueron licenciadas por nuestra Legislatura con abandono total y aceptadas por el Ejecutivo con la habitual mezcla de ideas fallutas y timideces. Todo el mundo sabe que esta ciudad tiene una y sólo una ventaja comparativa frente a sus pares latinoamericanas: su baja densidad y la moderada altura de sus edificios. Pero al político porteño le cuesta y mucho construir un discurso que no confunda progreso con novedades, y mucho más oponerse al formidable negocio de las constructoras.

Para peor, buena parte de lo que pasa por inversión productiva es en realidad construcción, que en tiempos idos era considerado consumo pero que en estos en que hay que mostrar avances, fue reclasificado como “inversión interna”, como si fuera una fábrica de locomotoras. Toda la lógica de los números lleva a que las constructoras tengan las de ganar, desde la Rosada o el Gobierno porteño. Ni hablar de los arquitectos como clase, paralizados de timidez ante la sola idea de oponerse a un negocio que, al final, beneficia a un puñadito de colegas y a nadie más.

Pero la política odia los vacíos y la falta de debate abierto está siendo ocupada por vecinos sueltos, asambleas y grupos barriales. En este ámbito de democracia directa hay una actitud clarísima: las torres son una lacra, hay que pararlas antes de que se lleven por delante la ciudad y la transformen en una serie de masas edificadas. Los vecinos de Primera Junta salieron a la calle, sorprendieron a todos y forzaron al Gobierno porteño a una moratoria de obras que terminó esta semana.

Otro frente de tormenta está naciendo en Agronomía y Paternal, una zona de grandes espacios despejados que se ve venir la próxima oleada de “desarrollo”. El problema se centra en el gran terreno donde estuvo por años esa ruina que fue el Albergue Warnes, que fue dividido en dos manzanas de gran porte y aloja hoy un Easy y un Carrefour en una, y una escuela, un parque municipal y cuatro terrenos privados en otra. La manzana comercial, sobre la calle Warnes, será completada con un shopping construido a medias por Carrefour, que pone el terreno, y el empresario macrista Carlos De Narváez, que pone –según él– 60 millones de dólares para un edificio de dos grandes tiendas y 150 locales.

Este proyecto alarma a los vecinos más que nada en función del otro, el de hacer once torres de 50 metros de altura, de entre 17 y 18 pisos, y un total de 145.000 metros cuadrados. Como señala Valentina Bari, que es parte de los Vecinos de la Isla de Paternal –el barrio más cercano al emprendimiento y llamado “isla” porque viene a quedar entre Chacarita y Agronomía–, el shopping tiene sentido económico sólo si se hacen las once torres.

Los futuros edificios, que construirá la empresa Sadia, están emplazados en la gran cuadrota verde de un modo maquiavélico. El terreno es vagamente cuadrado y fue recientemente parquizado y arbolado, con un mínimo de juegos y bancos, por la ciudad. El plan es construirle un lago y un anfiteatro, para aumentar su uso en una zona escasísima de espacios abiertos y públicos. Lo conveniente del asunto es que Sadia tiene cuatro fragmentos estratégicos: dos esquinas, un terreno entre medio de las dos esquinas, y un lado completo, el que da a la vieja Química Estrella. Así, el complejo de torres quedará perfectamente integrado a la plaza, tanto que ésta le va a funcionar de jardín privado. Bastará que el Gobierno porteño decida enrejar el predio, como viene haciendo con todos los parques grandes, para que el efecto sea psicológicamente privatizante. Entre las torres quedará la flamante escuela, construida por Carrefour como parte del contrato de compra de su terreno.

¿Y por qué molesta tanto esto? Después de todo, esta zona de Buenos Aires fue urbanizada hace algo más de un siglo como un conjunto de grandes espacios utilitarios, mezcla de parque industrial con hospitales semirrurales (el último grito de la tecnología sanitaria de la época), Facultad de Agronomía y barriadas obreras. El único cambio sustancial fue la urbanización alrededor, el empedrado y luego el asfalto, y el aumento del tránsito de pasada. Básicamente, la calle Warnes, por mencionar a una conocida, tiene el mismo perfil que hace medio siglo y las mismas funciones que hace uno.

Pues a los vecinos les encanta esto y no ven por qué la renovación de su lugar en el mundo tiene que pasar por las torres. Agronomía y Paternal tienen amplios cielos, típicos de la ciudad de planta baja y primer piso, un ritmo tranquilo y una infraestructura que simplemente no resiste la saturación porque ni en sueños fue pensada para altas concentraciones. Para dar un ejemplo, Bari recuerda que cuando construyeron el Carrefour comenzaron las anegaciones locales, puesto que el terreno construido ya no absorbía el exceso de aguas, como antes. Hubo que construir reguladores y otras instalaciones para frenar el problema.

Lo de las once torres y su shopping complementario es, según los vecinos isleros, la punta del ovillo. Los de Agronomía, con los que ya están en contacto, les completan la foto hablando de la cantidad de demoliciones en su barrio, la cantidad de proyectos de torres y el constante Jesús en la boca que tienen por los proyectos para construir dentro de la rural facultad, tanto para la UBA como para otros. El miedo son las torres, no el cambio, como muestra que, por ejemplo, a nadie le altere en lo más mínimo el proyecto de reciclar la fábrica Estrella para lofts: los nuevos vecinos serán bienvenidos.

En resumen: las torres. Esta tipología es particularmente brutal y colonialista del espacio inmediato, y muestra la fealdad de la arquitectura utilitaria actual en toda su violencia. Es curioso, pero nadie las quiere o respeta, nadie las ve como un progreso sino como un problema a frenar. En Agronomía y Paternal ya se habla abiertamente de amparos y acción política en las calles, y a nadie parece intimidarlo la amenaza de juicios por perjuicios con que las constructoras quieren prepear a los de Caballito.

Y pensar que en La Plata todo esto se resolvió tan fácil: se prohibieron las torres y hubo un boom constructivo aun mayor, sólo que el negocio no quedó para cuatro grandes monopolios sino que, al ser en menor escala, se democratizó entre muchos actores más.

Una buena fuente para seguir este conflicto es el portal de Parque Chas, la publicación virtual que dirige Fernando Belvedere en www.parquechasweb.com.ar.

Un cuento de la Gran China

Los pobladores de un muy pequeño pueblo de Jáchal, en San Juan, acaban de ganar una batalla por la preservación de una pieza más que esencial de su patrimonio. Los lugareños evitaron, nada menos, que por acto administrativo le cambiaran el nombre a su pueblo. Les tomó dos años, pero ganaron.

El pueblito de adobes en el norte sanjuanino tiene uno de esos nombres encantadores que solían abundar en el país. Gran China fue fundado a fines del siglo XIX y nadie sabe exactamente por qué recibió semejante nombre. Una leyenda local dice que el poblado surgió alrededor del almacén de una mujer, una china impactante, por lo linda o por su tamaño, que terminó siendo el referente. Uno iba para lo de la china, o la china grande, o la Gran China.

Gracias a nuestro editor extraoficial Jorge Cohen, uno se entera de que en 2004 se apareció un buen día un grupo de concejales de Jáchal, cabecera de partido y único gobierno local, con un monolito. Hubo una pequeña ceremonia y los pobladores de Gran China se desayunaron con que su pueblo pasaba a llamarse Gremialista José Espejo por orden superior. “Aunque no somos estudiados, no nos van a poder llevar por delante tan fácil”, explicó Florencio Riveros, vecino viejo, pequeño campesino y de los más enojados con el abuso burocrático. El pueblo se pasó dos años juntando firmas, mandando petitorios, cortando rutas y mandando piquetes a la capital local, hasta que hubo que llamar a una consulta popular que, previsible, decidió mantener el nombre. Como recuerdo de la batalla, queda en el muro de adobes de una casa en la calle principal, una bandera de chapa con la frase “Calle Gran China. ¡Viva la Patria!”.

En el mismo siglo en que fue fundado este poblado hubo una epidemia de decisiones burocráticas por el estilo, donde pueblos con nombres tradicionales como Cristiano Muerto pasaban a llamarse James Craig. En esos tiempos no había consultas populares y todo era por decreto iluminado. ¿Y si hubiera consulta popular por las torres en los barrios porteños?